

ESTRUCTURA INTERNA Y VISION DEL MUNDO

*LA VISPERA DEL HOMBRE:
ESTRUCTURA INTERNA
Y VISION DEL MUNDO*

*A la cidreña
Margarita Rodríguez Freire,
amiga entrañable.*

Introducción

René Marqués se encuentra entre los escritores más representativos de las letras puertorriqueñas de este siglo. Su noble intento de rescatar nuestras raíces nacionales revistió en ocasiones caracteres patéticos.¹ Ese intento de rescate —que René Marqués identificaba como búsqueda de la libertad— es el tema cardinal de su obra. Sin embargo, nuestro autor no pudo substraerse al imperativo de clase, que permeaba su visión de la sociedad puertorriqueña. De ahí que —como hijo de terratenientes a la antigua usanza— mirase el pasado anterior a la Invasión Norteamericana como un paraíso que guardaba en su seno lo genuinamente puertorriqueño. Por eso su ansia de libertad es también un sondeo en aquella época. El triste reconocimiento de que era imposible rescatar aquel modo de vida lo lleva —como ha señalado José Luis Méndez— a una “visión elitista de los hechos sociales”, a un “pesimismo sombrío” y a un “independentismo intransigente y sin futuro”.²

En la primera novela de Marqués —*La víspera del hombre* (1958)— encontramos también el tema mencionado. Esta novela concentra en sus páginas la ideología marquesiana. A través de un niño que está emparentado con el sistema patriarcal de hacienda, dominante en el país antes de 1898, el narrador busca el sentido del hombre puertorriqueño. Al no hallar

¹ Véase, por ejemplo, su patética defensa del machismo en su ensayo “El puertorriqueño dócil (literatura y realidad psicológica)”, en René Marqués, *Ensayos* (1953-1971), Editorial Antillana, 1972, pp. 151-216.

² José Luis Méndez, “La estructura social y la literatura puertorriqueña”, *Casa de las Américas*, N. 115 (julio-agosto de 1979), p. 45.

en la historia el sentido buscado, este agónico narrador se refugia en una visión del mundo tejida con hilos existencialistas.

En este ensayo seguiremos la ruta del protagonista de *La víspera del hombre* para reconstruir la estructura interna de la novela y desde allí mostrar algunas de las contradicciones que corren subyacentes a su arquitectura narrativa.

A modo de entrada

La víspera del hombre es una articulación novelística de la visión del mundo de los terratenientes puertorriqueños desplazados por lo que el propio René llama "la segunda invasión": la de los Estados Unidos de América.

Esta articulación novelística adquiere su sentido profundo en lo que llamaremos la estructura interna de la novela. Dicha estructura constituye el camino a través del cual el autor individual configura su visión de la realidad socio-económica del país. Es muy importante al efecto que no confundamos la estructura externa de *La víspera del hombre* —la que Marqués señaló claramente al dividir la obra en capítulos— con la estructura interna, organización subyacente y solidaria de las partes, que sólo en algunas ocasiones marcha a la par de la estructura externa. Como veremos, en *La víspera del hombre* la estructura interna es la que va marcando la concepción que tiene René Marqués (y su grupo social) de la historia de Puerto Rico en su búsqueda de una "reorganización global" de la sociedad puertorriqueña.³ A partir de esa concepción de la historia llega finalmente a la presentación —como alternativa— de un pensamiento filosófico de tipo existencialista.

La estructura interna

En *La víspera del hombre* encontramos dos grandes núcleos estructurales divididos cada uno en seis partes. El primero se extiende desde la página 9 hasta la 80,⁴ mientras que el segundo se extiende desde esta última página hasta el final de la novela. Esta división funcional nos permite captar con bastante claridad la problemática ideológica del texto.

La primera parte del texto se abre en el presente.⁵ En la misma encontra-

³ Seguimos aquí a Lucien Goldmann, quien entiende por visión del mundo "aquella visión total de las relaciones humanas y entre los hombres y el universo" propia de ciertos grupos sociales "cuya conciencia, afectividad y comportamiento" los lleva, en determinados momentos, a buscar una "reorganización global" de la estructura social en que se mueven o bien "a una conservación global de la misma". Véase Lucien Goldmann, "El estructuralismo génico en sociología de la literatura", en Roland Barthes, Henry Lefebvre y Lucien Goldmann, *Literatura y sociedad (problemas de metodología en Sociología de la literatura)*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1960, p. 210.

⁴ René Marqués. *La víspera del hombre*, Editorial Cultural, 1977. De aquí en adelante una indicación de página al lado de la cita remite a esta edición.

⁵ Transcurre toda en la página 9. Se extiende desde el inicio del texto hasta la expresión "se le ocurrió decir".

mos a Pirulo mirando en actitud hipnótica el mar desde un cerro arenoso. La tijera que rompe el cúmulo de emociones que experimenta el protagonista —producto de ver el mar por primera vez— es el recuerdo del “hombre de la azada”, que había visto unas horas antes. Es éste precisamente el inicio de la segunda parte.⁶ La misma tiene por objeto preparar a Pirulo para su primera inmersión en el pasado. Después que se rompe el hechizo que le provocó el mar, Pirulo camina unos pasos cerro abajo y queda extasiado ante el nuevo ambiente. Con este nuevo estado de éxtasis se inicia la tercera parte.⁷ El protagonista mira arrobado el ambiente costero mientras mueve paulatinamente la cabeza hasta quedar estático. Desde este momento permanecerá con sus ojos fijos en “la otra lejanía”, mientras pasan por su mente, como en una película, las próximas tres partes de la novela. El final de esta parte funciona como un presente congelado que permite que el narrador haga su primera incursión en el pasado. Esta inmersión en el pasado ocupa la cuarta parte de la novela.⁸

En el primer viaje al pasado, el hablante narrativo coloca al niño protagonista en el lugar más remoto que pueda recordar éste de su vida en la montaña. En esta parte vemos cómo se va destruyendo este modo de vida. El símbolo que dramatiza esta situación es el creciente deterioro de la casa grande de San Isidro y el alejamiento cada vez más prolongado de don Rafa. El huracán San Felipe termina por depositar la gota que desborda el vaso de la desesperación. Desde ese momento Pirulo se siente cada vez más inclinado a irse. Un año después del huracán se fuga de la casa. En su huida llega a la carretera. Al llegar a la misma se cierra la cuarta parte y comienza la quinta.⁹ Esta es una breve parte que finaliza en el momento en que Pirulo encuentra al hombre de la azada. Mientras en la segunda parte piensa en el hombre de la azada, ahora lo encuentra. No debemos olvidar, al efecto, que desde la cuarta a la séptima parte el movimiento es del pasado al presente. El encuentro con el trabajador corresponde a la sexta parte. La misma transcurre por completo en el último párrafo del capítulo XIV. Una vez que concluye este capítulo, regresamos al presente y se rompe el éxtasis en que dejamos al protagonista al finalizar la tercera parte. Pirulo vuelve a caminar mientras el proceso estructural del texto pasa de la séptima a la octava parte.

A partir de la séptima parte entramos en el segundo ciclo estructural. Del capítulo XV al XX —que son los que comprende esta parte— el movi-

⁶ Empieza con la oración “Y pensó en el hombre de la azada que había encontrado unas horas antes” (p. 9), y termina con la expresión “había dicho el hombre (p. 10).

⁷ Comienza con la oración “Desde sus zapatos rotos...” (p. 10). Termina en la misma página con la expresión “sus ojos buscaban instintivamente la otra lejanía que había dejado a sus espaldas”. (p. 10).

⁸ Se extiende desde la oración “Y vio allá la cordillera con su silueta caprichosa recortándose azulado bajo un ciclo distinto al costanero, un ciclo pequeño y familiar (p. 10) hasta la oración “Luego se echó los zapatos al hombro y subió por la pendiente siguiendo la trilla que conducía a la carretera.” (p. 79).

⁹ Empieza en la página 72 con la oración “Al llegar al asfalto tuvo un instante de vacilación” y termina con la oración “Al hacerlo notó que se habían roto”. (p. 79).

miento de la narración ocurrirá sólo en el presente. En los últimos párrafos del capítulo XX encontramos a Pirulo frente al retrato de Abreu. Este retrato absorbe de tal manera su atención que los demás elementos de la casa grande de Carrizal parecen perder importancia. La séptima parte se va así apagando. Es como si el presente fuera concentrándose en el retrato hasta perder perspectivas. Tanto es así que el último párrafo del capítulo se convierte en una parte puente (la octava) que permite la segunda inmersión en el pasado. Esta parte cumple, pues, la misma función que la tercera del primer ciclo estructural. Ambas son puertas que se abren hacia el pasado.

La novena parte transcurre en un pasado que es anterior a don Rafa. En Carrizal, Pirulo empezó a darse cuenta de que antes de don Rafa había una historia, que encerraba el principio:

Pero aquí don Rafa no lo era. El principio había ocurrido mucho antes de don Rafa.

Parte de la búsqueda de ese principio es el sondeo en la época de Domingo Francisco Abreu, el fundador de Carrizal. Esa búsqueda incluye los capítulos comprendidos entre el XXI y el XXIII (ambos incluidos). En el inicio del capítulo XXIV regresamos al presente. Este cambio no es otro que el inicio de la décima parte. Desde ahora hasta el final, la acción se desplazará del presente al futuro. No obstante, en la página 262 encontramos una situación que posibilita un cambio estructural. Nos enteramos aquí de que Carrizal se había sumido también en el pasado:

Atrás había de quedar Carrizal, como un jalón más apuntando al pasado. Así lo había prometido ayer a Don Rafa. Iría a vivir (Pirulo) con la familia en Arecibo.

Después de esta cita surge una afirmación contundente de don Rafa. Le dice a Pirulo:

Ha muerto una época, muchacho!

Entre esa oración y la página 266 en que el narrador nos dice "Ha muerto una época, había dicho don Rafa" surge un cambio de situación y de tono. Es el momento en que Payo le revela a Pirulo la verdad del parentesco de éste con don Rafa. Desde la frase de don Rafa —conectada ahora a un pluscuamperfecto— pasamos a la última parte del texto.

En la décimo segunda parte encontramos nuevamente a Pirulo frente al mar y casi a punto de suicidarse. De esa idea lo saca la voz de Félix y la elaboración de un pensamiento de corte existencialista, que lo invita a vivir sin buscar el sentido de la existencia.

Eso era todo. Se había encarado a la muerte en pos de la nada de su vida y por toda respuesta llegaba a él la voz de Félix pidiéndole vivir. El problema no era, pues, buscar el sentido de la vida, sino vivirla sin esperanza alguna de encontrar su sentido."

A partir de aquí empieza lo que podemos llamar el plano universal de la novela. En el mismo, lo importante es la búsqueda de trascendencia metafísica. Lo universal viene así a suceder el plano nacional, que es el dominante hasta el final de la parte número 11. De ahí que sea tan significativa la frase “ha muerto una época”. Mientras en el plano nacional se forma la tendencia cíclica por medio del sondeo en la historia, en el universal queda simbolizada en la forma de un arco-iris:

Las nubes se agolpaban sombrías sobre poniente, tenazmente empeñadas en ocultar al sol en su litúrgico descenso hacia el abismo. Un arco-iris hundíase en la lejanía del mar, para absorber el agua que el cielo le pedía.

Y cuando estuvo ahíto, el cielo derramó generoso el agua de su seno sobre la tierra, y el océano, y el horizonte sin límites. Y era un llanto grande y vivificador sobre la roca ardida, y la arena, y el corazón. también.

Y Pirulo alzó su rostro, y el llanto de Dios dio de lleno en la frente, chat, chat, las gotas en su carne, golpeando, para resbalar luego y empapar su cuerpo y llevar esencia de su cuerpo a la roca y al mar, y confundirse todo en un palpitar de vida que volvía a elevarse, como recompensa, al cielo.

Del examen que hemos hecho hasta ahora de la estructura interna, podemos concluir que el autor plasma una concepción cíclica de la historia que se rompe en la parte número 11. El rompimiento del ciclo imposibilita que Pirulo —y por ende todos los puertorriqueños— llegue a la trascendencia metafísica a partir de sus raíces históricas. Al puertorriqueño —y aquí seguimos la “lógica” de René— no le queda más remedio que acercarse a la trascendencia de una manera desnuda, sin el abrigo que podría darle el mundo de la montaña, supuesta cuna de la puertorriqueñidad.

En camino a la montaña

Examinemos ahora cómo René Marqués se vale de un interesante juego con el lenguaje para preparar la primera entrada de Pirulo en el pasado.

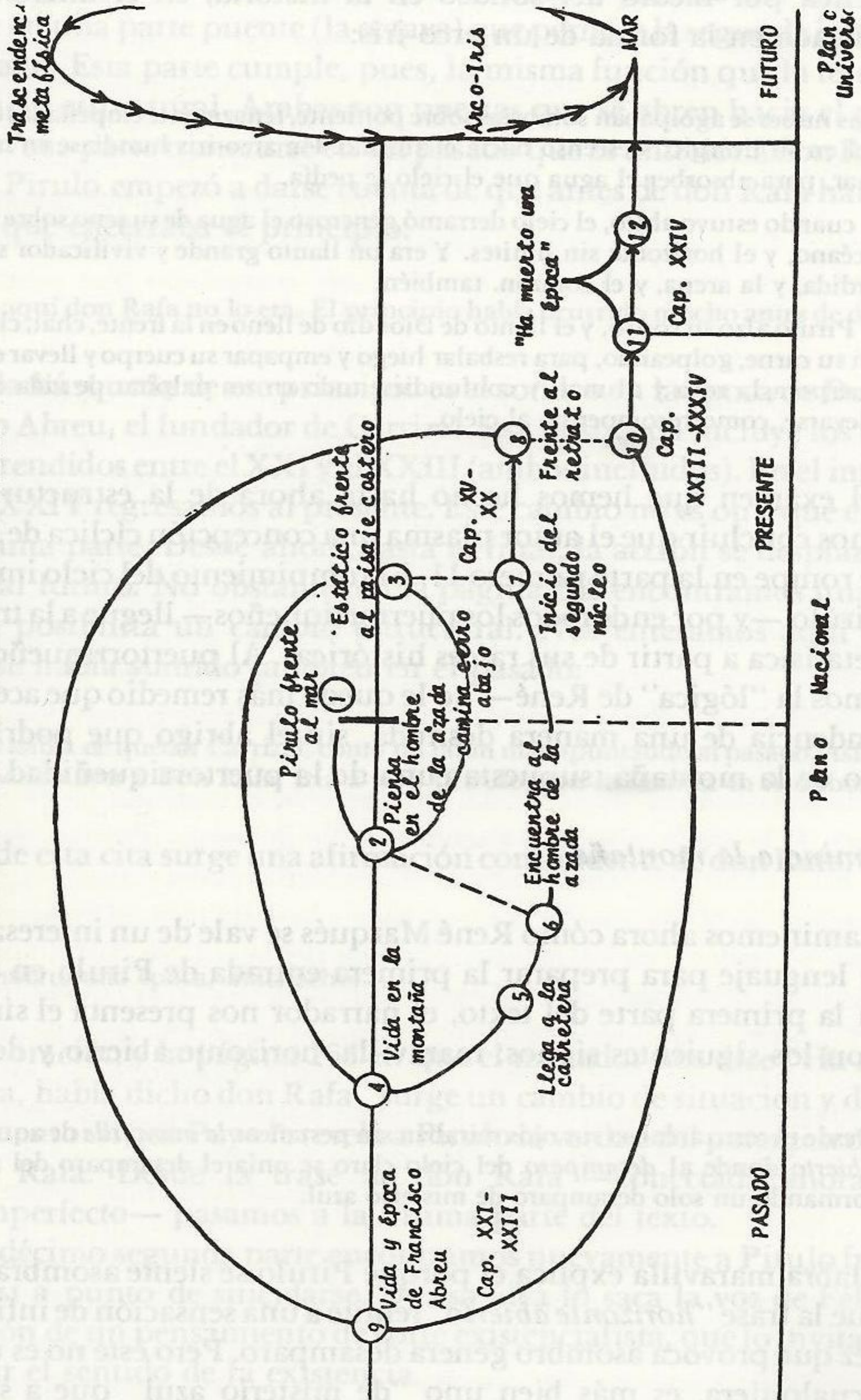
En la primera parte del texto, el narrador nos presenta el símbolo del mar con los siguientes signos: maravilla, horizonte abierto y desamparo:

Desde el cerro arenoso sus ojos miraban sin pestañear *la maravilla* de aquel *horizonte abierto* donde al *desamparo* del cielo claro se unía el desamparo del agua oscura formando un solo desamparo de misterio azul.

La palabra maravilla explica el porqué Pirulo se siente asombrado, mientras que la frase “*horizonte abierto*” remite a una sensación de infinitud que a la vez que provoca asombro genera desamparo. Pero éste no es un desamparo cualquiera, es más bien uno “de misterio azul” que a su vez está formado por dos tipos de desamparos: un desamparo de cielo claro y otro de agua oscura. Tenemos, pues, la siguiente antítesis:

cielo claro agua oscura

REPRESENTACION GRAFICA DE LA ESTRUCTURA INTERNA



Esta antítesis apunta sin duda al hecho de que el “misterio azul” guarda en su seno una gama de contradicciones que sólo ocasionan una sensación cada vez más grave de desamparo, es decir, de falta de abrigo y defensa que es lo que significa la palabra amparo, y que el prefijo *des* deja afuera.

En la tercera parte, el autor añade un elemento más a la descripción del mar. Nos dice que es una “cosa tremenda” de agua “color añil”. Esa frase “cosa tremenda” nos luce de momento familiar. La misma aparece por primera vez en el hermoso epígrafe que abre la novela:

¡Cuánto duele crecer! ¡Cuán hondo es el dolor de alzarse en puntillas y observar, con temblores de angustia, esa *cosa tremenda* que es la vida del hombre. (el subrayado es nuestro)

Como vemos, ese epígrafe presenta la vida del hombre como una “cosa tremenda”. El símbolo *mar* adquiere de esa manera concreción. El mismo no es otra cosa que la vida del hombre. Antes de volver al cuerpo mayor del texto quiero llamar la atención en torno a otra importante frase del epígrafe, la frase “temblores de angustia”. Nos dice el narrador que observamos la vida del hombre —“cosa tremenda”— con “temblores de angustia”. Al volver al primer capítulo encontramos en el segundo párrafo otra correlación con el epígrafe. Mientras en el epígrafe se nos habla de “temblores de angustia” en el segundo párrafo aparece como elemento modular el vocablo *emoción*. Ahora bien: ¿Cuál es una de las formas en que se manifiesta la emoción cuando es muy intensa? Sin duda, por medio de temblores, temblores que en este caso se deben a una razón fundamental: la soledad. De ahí que el niño protagonista exclame:

—¡Madre de Dios, que sólo estoy! (p. 9)

Es decir, los temblores que genera la emoción de Pirulo son temblores de soledad. Tenemos entonces “temblores de angustia” en el epígrafe y “temblores de soledad” en el texto principal. La correlación se configura completamente cuando nos damos cuenta de que no hay angustia más grande que la que crea la soledad cuando no la deseamos. El epígrafe se integra a la fábula de manera inevitable.

El término trágico que aflora en el tercer párrafo, la palabra soledad, tiene implicaciones fundamentales en la novela. Lo encontramos asociado con la *desnudez*. El narrador nos dice que Pirulo “se sentía piedra desnuda y pequeña clavada en la tierra floja bajo la comba inmensa de un cielo extraño y nuevo” (p. 9). Notamos que René seleccionó cuidadosamente las palabras. Recordemos que la palabra amparo significa además de protección, abrigo. Al estar desamparados estamos, pues, desnudos, condición que hace más terrible la soledad. Y no es que al estar abrigados eliminemos la *soledad*. Lo que sucede es que en tal caso la misma es quizás menos trágica. Además, la soledad de Pirulo es más patética por el hecho de que ha

perdido o empezado a perder las raíces. Es éste precisamente el sentido que tiene el término tierra floja en el fragmento citado. Releamos:

Y se sentía piedra desnuda y pequeña clavada en la *tierra floja*. (subrayado nuestro)

Si el mar, su símbolo, significa la vida del hombre, debemos concluir que la futura penetración de Pirulo en él significa a su vez su primera penetración en la vida del hombre. Esa primera penetración está reservada para el segundo núcleo estructural. Por ahora, tenemos que el presente con que se abre el texto nos muestra los primeros temblores de angustia que siente Pirulo ante su futura entrada en ese gran misterio que es la vida del hombre. Estos primeros temblores son tal vez más fuertes por la ignorancia en que se encuentra. Más adelante su contacto con Félix le permite comprender mejor el mar. Entonces se queda atrás el asombro.

Por otro lado, la ida al pasado constituye en gran parte una demostración de la preparación de Pirulo para los temblores de angustia de ese presente. No obstante, al desgajarse de sus raíces dicha preparación le servirá de poco. Por eso el narrador nos dice en el primer párrafo del libro:

Y eso que venía preparado para la sorpresa

Con todo, la posible "preparación" no es para pasearse por la vida de una manera superficial. Eso no es posible debido a que la vida del hombre implica dolor, elemento que corre por toda la narración hasta desembocar al final del texto en una fuerte síntesis:

Pirulo supo que después del llanto viene la calma, y que enfrentarse a la vida cuando la vida aplasta es de por sí misión grande y heroica para el ser que entra a golpes de dolor, en el reino del hombre. (p. 268)

Pero además de dolor la vida del hombre implica profundidad y misterio (como sucede con el mar), y sobre todo contradicción. Al llegar aquí comprendemos hacia adónde apunta la contradicción cielo claro & agua oscura. En el fondo encontramos aquí la definición martiana del hombre. Decía Martí que el hombre es ala y raíz. De ahí que ser hombre sea una cosa tremenda, grave, que implica un aprendizaje. José Enrique Rodó también percibió lo mismo al hablar en su clásico *Ariel* del aprendizaje de ser hombre.

Desde ahora —vale decir desde la primera inmersión en el pasado— entramos en la preparación de Pirulo para la emoción de soledad, para los temblores de angustia, que experimentará en su víspera del hombre.

El cambio de la tercera a la cuarta parte, en la que Pirulo viaja al pasado por primera vez, no se produce de una manera brusca. La otra lejanía de que nos habla el narrador en el inicio de esta parte es la que representa la montaña. Esta a su vez significa el amparo. Por eso nos dice el narrador en la página 10 que:

Pirulo miraba estático aquel paisaje y preguntábase como viviría la gente cara al cielo, *sin el amparo de la montaña*, sin la protección de los guamás, *sin la intimidad del cafetal*. Era como estar desnudo ante Dios. (Los subrayados son nuestros).

Lo que se nos plantea aquí en esencia es que el hogar natural del puertorriqueño es la montaña. La única forma, pues, de estar en la costa sin sentirse descentrado, desamparado, es la de que no saquemos las raíces de un lugar específico de la montaña: la intimidad del cafetal. Hay que aclarar —y recuérdese que seguimos la lógica de René— que la iniciación de la hombría en la montaña —como por ejemplo la de don Rafa— no significa una falta de emoción de soledad ante ese hecho, lo que implica más bien es que ese paso lo dará el puertorriqueño de una manera “natural”.

Del análisis que venimos haciendo se desprende claramente la idea de que la montaña es el núcleo de la concepción que tiene René de la historia de Puerto Rico. Esto nos obliga a examinar la concepción de la historia que aparece en el texto.

El concepto de la historia

En primer lugar, descubrimos en el texto que la historia es concebida como un devenir, pero un devenir motivado de alguna manera por un Dios que es diferente al de la tradición. En la página 178 nos dice el narrador que a Pirulo:

Empezó a preocuparle ahora, ocasionalmente, la idea de Dios. No la infantil idea de un Dios yacente en sepulcro de cristal y madera dorada para procesión de Semana Santa, sino la de un Dios desconocido para él, que motivara de algún modo la acción de los hombres a través de devenir histórico.

Esa visión de Dios, que expresa este narrador “puertorriqueño” de *La víspera del hombre*, tiene sus raíces en el liberalismo decimonónico, liberalismo que formó parte importante de la visión del mundo de los hacendados puertorriqueños de la segunda mitad del siglo XIX. Más adelante mostraremos el porqué el fragmento recién citado apunta hacia una interesante contradicción.

Por ahora lo que nos interesa señalar es que Puerto Rico ocupa un lugar dentro de esa amplia visión de la historia, que incluye a todo el planeta. La inserción puertorriqueña se da por medio del personaje de doña Irene. En la página 209, el narrador nos dice que doña Irene “era la historia”. Dos párrafos más adelante añade que “había deseos que doña Irene no tenía que expresar y que al realizarse adquirirían algo de rito, de ceremonial antiguo y mágico”. Como se observa con claridad, la visión de la historia de Puerto Rico que aparece en la obra es de carácter mítico. Por tal razón podemos decir que el carácter cíclico de la estructura interna de la obra sirve adecuadamente para la expresión de la ideología del narrador. La certeza de que esa historia es una “época acabada” lleva al narrador a la consideración existencialista que marca el inicio del desenlace de la novela.

Para traernos su concepción de la historia, el narrador se vale de una serie de técnicas y de procedimientos estilísticos. Contamos entre ellos con la “falacia patética”, viejo procedimiento que en la literatura española tiene cuño garcilasiano. Este procedimiento que consiste en forzar a la naturaleza hasta hacerla cómplice de los estados emotivos de los personajes, lo encontramos en la página 38. Luego de que Marcela —símbolo de los elementos indígenas que pervivían en la nacionalidad puertorriqueña— reza en latín el Padre Nuestro, la naturaleza se queda hechizada:

La voz calló al fin dejando un eco de misterio en la hondonada. No sólo él se sentía inmóvil. La naturaleza toda estaba como hechizada. El río se deslizaba sin ruido. Los pájaros callaban. Las hojas de los árboles permanecían quietas. Y en el cielo una nube se había puesto a ocultar el sol.”

Después de esta presentación de la naturaleza alguien grita “Marcelaa” y se rompe el hechizo. Al diluirse la magia la naturaleza vuelve a fluir normalmente:

El nombre se alargó un instante en la montaña y luego se extinguió sin respuesta. El curso del río, en cambio, volvió a hacerse rumoroso. El ruiseñor cantó en la espesura. La brisa movió las hojas de los yagrumos. Y el sol brilló de nuevo acariciando las aguas.” (p. 38)

En otras ocasiones el narrador se vale del procedimiento romántico conocido como “naturaleza orgánica”. Aquí la naturaleza no interrumpe abiertamente su curso natural, lo que se da más bien es un acoplamiento armónico entre el personaje y la naturaleza. En el caso de *La víspera del hombre* la naturaleza —en función orgánica— se acopla felizmente a los acontecimientos que simbolizan gratos momentos de épocas pasadas. Es por ejemplo lo que sucede con la naturaleza que engalana la fiesta patriarcal con que se celebra el cumpleaños de Raúl. Esta “naturaleza endominada y benévola” (p. 229) parece tomar especial cuidado de todos los detalles.

Otros procedimientos que valdría la pena investigar con relación a esta plasmación mítica de la historia son la onomatopeya —elemento reiterativo que marca el desarrollo espiritual de ese ser desarraigado que es Pirulo— y la anáfora, procedimiento que en muchas ocasiones permite un movimiento rítmico del tiempo (pasado-presente) y del espacio (campo-ciudad).

Problemas de ideología en la literatura

Hemos visto que la *estructura interna* de *La víspera...* desarrolla en su escritura una *visión del mundo* en que la historia es idealizada hasta la mitificación. Hemos visto también que la muerte de la época que encerraba nuestras raíces de pueblo colocaron a Pirulo ante las puertas de la trascen-

dencia metafísica completamente desnudo. Ahora bien, si seguimos la distinción goldmanniana entre autor y autor social (grupo social cuya visión de la realidad expresa su portavoz literario: el autor individual), tenemos que tener en cuenta que la visión del mundo que presenta el autor individual —como portavoz del social— puede estar llena de contradicciones. En estos casos la literatura puede servir de bumerang que regresa y rompe la visión del mundo que se intenta imponer. Consideramos que la novela que examinamos es un excelente ejemplo al efecto. Es el propio texto el que rompe con la carga ideológica que funciona como propuesta de la obra.

La idealización de la historia de Puerto Rico que aparece en *La víspera del hombre* no es otra cosa que el producto de la búsqueda de un supuesto paraíso perdido que quedó desacralizado en 1898 con la segunda invasión. En el fondo lo que se presenta como el mejor de los estados posibles es la vida patriarcal que reinó en Puerto Rico hasta 1898 y que luego sobrevivió angustiosamente en las montañas del país durante las primeras décadas de este siglo. De ahí que la figura patriarcal, encarnada en don Rafa, parezca destilar una ingénita bondad que lo lleva a tratar bien a sus peones. Y no son pocos los que se han tragado el anzuelo. Entre estos cae mi ex-profesor Seymour Menton, autor de una conocidísima antología del cuento hispanoamericano. Dice Menton:

En la finca, el español Abreu y después su yerno don Rafa dan buenas condiciones de trabajo a sus peones, los invitan a la tertulia en la casa grande y se preocupan por sus problemas personales. ¡Qué distintos de los hacendados pintados por el muralista Diego Rivera y por tantos novelistas hispanoamericanos del siglo XX!¹⁰

No obstante, la aproximación gnoseológica de la literatura a la realidad no suele completarse a niveles primarios. Por eso es que al hacer análisis literarios tenemos que seguir un viejo consejo del autor de *Los milagros de nuestra Señora*. Decía Berceo que debíamos romper la corteza e ir al meollo.

Una vez que rompemos la corteza nos damos cuenta que la relación amo-peón que aparece en la obra está muy lejos de ser una relación saludable entre los seres humanos. La misma es más bien una relación basada en la deferencia y el servilismo del peón al amo. En esa relación el amo adquiere tintes aureales mientras el peón queda convertido en un ser incompleto, que no tiene ni siquiera derecho a afirmarse en contra de las injusticias. Es por ejemplo lo que sucede en la escena en que una criada —que es “curiosamente” mulata— ofende a Pirulo. Ante la ofensa, al protagonista sólo se le ocurre pensar que si él fuera Raúl reaccionaría enérgicamente en contra de la criada. Piensa que:

Si él hubiera sido el nieto de don Rafa, habría insultado a la mulata. Le habría dicho puta por lo menos. (p. 189)

¹⁰ Seymour Menton, “Puerto Rican Literature”, *The Hispanic World*, XLII, N. 1, 1960, p. 121.

El mensaje es claro: sólo tienen derecho a afirmar su dignidad ofendida aquellos que están directamente vinculados a la parte del eje que corresponde al patrón, a la otra parte del eje (los peones) sólo les resta callar. ¿Y callar por qué? Sencillamente porque la protesta puede conducir al hambre, al desamparo, al dolor, a la miseria cada vez más abyecta.

Esto aparece claramente en el texto. En la página 144, Abreu le informa a su esposa que ella no tendrá que trabajar más en la finca debido a que su situación económica ha mejorado notablemente. Ante este hecho nos dice el narrador que:

Magdalena se sintió presa de súbito terror, el terror del peón que oye en boca del amor esas mismas palabras: "Usted no trabaja más en la finca." Palabras terribles, anunciadoras de desamparo, dolor, angustia, hambre quizás. "¿Me estará echando, Dios mío? ¿Qué he hecho yo? ¿En qué he faltado?" Y se le ocurrían las mismas interrogaciones que se le podían ocurrir a un peón en situación análoga.

Y fijémonos que se habla de "un peón en situación análoga"; no se trata sólo de los peones de Carrizal, se trata además de los peones de la montaña. Pero en ese fragmento tiene todavía implicaciones mucho más graves. En el mismo se nos habla de "palabras terribles, anunciadoras de desamparo". ¿Cómo entonces podría sostenerse la idea de que la montaña significaba el amparo? En todo caso surge de manera imperiosa una pregunta que el propio texto contesta: ¿Quiénes se sentían protegidos, abrigados, en la montaña?

Como vemos, algo está saliendo a la luz. Lo que paren las contradicciones del texto es que la vida patriarcal que defendía René no era, como dijo Mario A. Benedetti en un poema, "el mejor de los estados posibles e imposibles".

La explicación de esas contradicciones hay que rastrearlas en el contexto, en la realidad histórica-social del pueblo puertorriqueño. Al hacer eso, encontramos que mientras la literatura del siglo XIX impugnaba la situación de nuestros jíbaros peones de la montaña, impugnando a su vez el modo de producción patriarcal regido por el "Rey café",¹¹ la literatura del XX ha tendido a hacer lo contrario al idealizar el antiguo sistema.¹² Detrás de este problema está el hecho histórico de que en el siglo XIX el sector de los hacendados puertorriqueños tendió paulatinamente a lograr un dominio de los medios de producción mientras permanecía maniatado en sus relaciones comerciales por los comerciantes españoles —que eran los que distribuían sus mercancías— y por la conservadora burocracia española que gobernaba a Puerto Rico.¹³ Todo esto generó grandes tensiones que se

¹¹ Así le llama Fernando Picó, S.J. Véase su libro *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX (los jornaleros utuadeños en vísperas del auge del café)*, Ediciones Huracán, Inc., 1979.

¹² Véase: José Luis González, "Literatura e identidad nacional en Puerto Rico", en Angel A. Quintero Rivera, José Luis González, Ricardo Campos y Juan Flores, *Puerto Rico: Identidad nacional y clases sociales (coloquio de Princeton)*, Ediciones Huracán, Inc., 1979.

¹³ Para un buen análisis de esta problemática recomendamos el libro *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*, (Río Piedras, Ediciones Huracán, Inc., 1976) de Angel Quintero Rivera.

podían detectar con facilidad al observar la lucha entre el Partido Autonomista (antes Partido Liberal) —que agrupaba fundamentalmente al sector puertorriqueño— y el Partido Incondicional Español. En su lucha con el obtuso gobierno, los hacendados fueron asumiendo posiciones liberales. De ahí la defensa, por ejemplo, del libre pensamiento. Pero esa actitud liberal queda contradicha en la práctica al mantener los hacendados un régimen de trabajo basado en una servidumbre¹⁴ (la de los agregados) que venía desde 1849, fecha en que se instauran en el país las tristemente famosas libretas de jornalero. Sobre esta base no es difícil entender por qué el Abreu de *La víspera...* asume una posición de come cura mientras se pasea como todo un señor patriarca preñando mujeres a su paso.

Aunque los escritores puertorriqueños del siglo XIX eran portavoces de los hacendados no tendrán la ambivalencia de éstos debido a su formación liberal, razón por la que presentan una visión del mundo que buscaba eliminar las relaciones humanas basadas en la servidumbre.

Sin embargo, esa situación cambia con lo que René llama la segunda invasión. Los inversionistas norteamericanos desarrollan una economía basada en el monocultivo de la caña que pone en peligro de muerte las haciendas de café de las montañas de la Isla. Ante este hecho los hacendados se colocan a la defensiva y como parte de su lucha tienden a idealizar el pasado. Lo que los escritores liberales del XIX impugnaban es visto ahora por René Marqués de una manera positiva. De ahí, la defensa contradictoria del antiguo sistema patriarcal, que aparece en *La víspera del hombre*, como reacción contra la realidad puertorriqueña presente que tiene cara de Monchín del Alma.

Por todo esto es que nos parece discutible el planteamiento que hace Nilita Vientós Gastón en el periódico *El Nuevo Día* con fecha del 5 de mayo de 1979. Dice la conocida crítica:

René Marqués es uno de los escritores más representativos de nuestro espíritu nacional, de los más conscientes de los males de la colonia. Nos lega una obra importante, no sólo por su valor literario, sino también por lo que aporta al conocimiento de nuestro auténtico modo de ser.

Es, repito, debatible ese juicio. Esperamos haberlo demostrado en nuestro ensayo. A la luz de éste, surgen unas preguntas imperiosas que Nilita Vientós no contesta en su artículo. Le preguntamos por ejemplo lo siguiente: ¿A qué “espíritu nacional” se refiere? ¿Desde qué óptica René Marqués expresa su “conciencia” de los males de la colonia? ¿En qué consiste nuestro “auténtico modo de ser”? Con todo, estamos de acuerdo con la admirada intelectual cuando nos dice, en el mismo artículo, que

¹⁴ Para un lúcido y científico análisis de esta situación véase el libro de Fernando Picó que hemos citado.

René le dejó "un hermoso legado" a nuestro país. Parte importante de ese legado es, sin duda, *La víspera del hombre*.

Rogelio Escudero Valentín
Universidad de Puerto Rico

eliminar las relaciones humanas pasadas en la servidumbre. A través de la historia, el hombre ha buscado formas de liberarse de la opresión. En el siglo XIX, gran parte de la humanidad se encontraba en condiciones de explotación. El movimiento obrero surgió como respuesta a estas condiciones. En Puerto Rico, el movimiento obrero también surgió, buscando la liberación del trabajador. René Marqués, en su obra *La víspera del hombre*, describe la lucha del hombre por la libertad. El libro es una crítica a la explotación y una llamada a la acción. René Marqués es un escritor puertorriqueño que escribió *La víspera del hombre* en 1957. El libro trata sobre la explotación del trabajador y la lucha por la libertad. René Marqués es un escritor puertorriqueño que escribió *La víspera del hombre* en 1957. El libro trata sobre la explotación del trabajador y la lucha por la libertad.

1. Véase Fernando Pico, *La víspera del hombre en el Puerto Rico del siglo XIX* (Los jornaleros utuadillos en vísperas del auge del café), Ediciones Huracán, Inc., 1978.

2. Véase José Luis González, "Literatura e identidad nacional en Puerto Rico", en Angel A. Quintero Rivera, José Luis González, Ricardo Campos y Juan Flores, *Puerto Rico: Identidad Nacional y clases sociales* (coloquio de Princeton), Ediciones Huracán, Inc., 1978.

3. Véase René Marqués, *La víspera del hombre*, Ediciones Huracán, Inc., 1978.